

¡ PROLETARIOS DE TODOS LOS PAISES UNIOS!

Mundo Obrero

ORGANO DEL COMITE CENTRAL DEL PARTIDO COMUNISTA DE ESPAÑA
AÑO XXIV. NUMERO EXTRAORDINARIO. — MADRID, 1º de Mayo de 1955. — Precio: 1 peseta.

ESPAÑOLES ¡ESCUCHAD
RADIO ESPAÑA INDEPENDIENTE!

Emite por ondas cortas de 37, 39 y 43 metros, todos los días de 7 de la tarde a 12 de la noche, con un breve intervalo de dos minutos cada media hora.

RADIO ESPAÑA INDEPENDIENTE transmite los domingos, de 12 a 1,30 de la tarde por ondas cortas de 26, 28 y 29 metros; y de 2,30 a 3 de la tarde, en emisión de sobremesa, por onda de 26 metros.

¡ VIVA EL PRIMERO DE MAYO, JORNADA DE UNIDAD ANTIFRANQUISTA!

¡ OBREROS! ¡ CAMPESINOS! ¡ INTELLECTUALES!
¡ TRABAJADORES ESPAÑOLES!

Hace sesenta y seis años, los representantes de los trabajadores de todos los países, reunidos en un Congreso en París, acordaron celebrar el Primero de Mayo como una jornada de solidaridad proletaria internacional.

En la historia del movimiento obrero, el proletariado aparecía como una fuerza internacional organizada, que llevaba en sus banderas la inmortal consigna del Manifiesto Comunista de Marx y Engels: ¡Proletarios de todos los países, uníos!

Desde entonces, la clase obrera creció y se desarrolló, irrumpiendo en la arena de las luchas sociales como una fuerza independiente e indestructible. El proletariado había tomado conciencia de su fuerza. Era la clase ascendente, progresiva. En él estaba el porvenir de la humanidad. El estaba llamado a sustituir a la vieja y decrepita sociedad capitalista.

Grandes batallas de clase fueron libradas en todos los países entre el proletariado y la burguesía, su enemigo mortal. Más de una vez en estas luchas el proletariado obtuvo resonantes victorias; más de una vez también se vió obligado a retroceder, para avanzar de nuevo con nuevas energías, con un ímpetu redoblado.

En el año 1917, la clase obrera rusa dirigida por el Partido Comunista, el Partido de Lenin y Stalin, y transformada por su constante y heroica actividad revolucionaria contra la autocracia zarista en el destacamento de choque del proletariado internacional, se lanzó a la conquista del Poder y estableció por primera vez en la historia de la humanidad, el Poder de los obreros y de los campesinos.

Fué ésta una victoria de trascendencia histórica del proletariado mundial, que abrió ante la clase obrera de todos los países el camino del socialismo, y a la humanidad, una nueva era: la era del Comunismo.

El capitalismo no se ha resignado con esa derrota; el capitalismo ha luchado y lucha por todos los medios a su alcance, que no son pocos ni despreciables, para abatir la fortaleza socialista, destruir el primer Estado proletario del mundo, matar en la clase obrera la fe en sus propias

fuerzas y asegurar la continuidad del sistema capitalista de opresión y explotación de la clase obrera.

Las causas de la segunda guerra mundial hay que buscarlas en las insolubles contradicciones que desgarran el sistema capitalista, y en el ansia rabiosa y suicida del capitalismo de destruir la Unión Soviética, de detener el avance de la humanidad en su caminar hacia una sociedad de justicia y de paz.

El capitalismo ha fracasado y fracasará siempre en sus intentos delirantes, vesánicos, de impedir por la violencia y la guerra el desarrollo histórico de la sociedad. La experiencia muestra que esos demenciales intentos del capitalismo, que cuestan a los pueblos torrentes de sangre y sufrimientos indescriptibles, se vuelven a la larga contra el propio capitalismo, el cual, sale de cada tentativa más debilitado.

Después de la segunda guerra mundial, nuevos países en Europa y Asia, han roto el yugo capitalista y al lado de la Unión Soviética marchan victoriosamente por el camino de la democracia popular hacia el socialismo.

En estas grandes victorias socialistas, los pueblos de los países capitalistas, los pueblos de los países coloniales que viven bajo el yugo de la explotación capitalista y de la opresión colonial, que sufren y luchan bajo el terror fascista y las amenazas de una guerra atómica, ven la prueba evidente de la fuerza invencible de la clase obrera y se sienten estimulados en su lucha de liberación social y nacional.

Un poderoso movimiento de renovación y de libertad, que surge de la entraña de las masas secularmente oprimidas, impulsa a los pueblos a romper los viejos moldes, y buscar en nuevas formas de gobernación y dirección de los países el camino de la felicidad y de la paz, de la recuperación de la dignidad humana, de la cultura y del bienestar.

Hoy, como en 1939, y sin que les sirvan de lección las experiencias pasadas, los imperialistas, en su afán de dominio mundial, preparan nuevas sangrientas hecatombes contra los pueblos.

Abierta y públicamente hablan los apologistas de la agresión, de un apocalipsis atómico que aniquile naciones, destruya Estados y lleve la muerte y el exterminio a millones de seres inocentes.

Con esta propaganda terrorífica sobre el efecto de las armas atómicas y termoneucleares quieren paralizar la acción de los pueblos, llevar a su ánimo la idea fatalista de la inevitabilidad de la guerra y del aniquilamiento de toda vida sobre la Tierra. Pero estas especulaciones no pueden intimidar a los pueblos, decididos a defender sus derechos a la vida.

Grave es la amenaza y serios los peligros que ciernen sobre los pueblos los demenciales planes de los imperialistas.

Pero la situación internacional es hoy muy distinta a la que era en vísperas de la segunda guerra mundial. Algo ha cambiado en el mundo, algo cambia cada día y no a favor de los incendiarios de guerra, sino en contra suya.

En vísperas de la segunda guerra mundial, sólo los comunistas luchaban contra la amenaza de guerra. Sólo los comunistas denunciaban tenazmente, y a veces con riesgo de la libertad y de la vida, lo que significaba la subida de Hitler al poder, lo que significaba la política munichista, la política de división de las fuerzas obreras y democráticas realizada por los dirigentes socialdemócratas como Blum o Spaak al servicio del imperialismo.

Hoy, frente a los incendiarios de guerra no están sólo los comunistas. Millones y millones, centenares de millones de hombres y mujeres de todos los países, de todas las clases sociales, manteniendo ideas políticas distintas y distinta religión, luchan hombro con hombro con los comunistas por alejar de los pueblos el horror de la guerra; por hacer fracasar la política de agresión; por imponer una política de entendimiento para resolver las diferencias entre los países; por hacer posible la coexistencia pacífica de los diferentes regímenes.

El potente Movimiento de la Paz, que se extiende de un extremo a otro de la Tierra, abarcando en su acción humana y fraternal naciones, Estados y continentes; la gran Federación Sindical Mundial; la Federación Mundial de la Juventud Democrática; la Federación Democrática Internacional de Mujeres y muchas otras organizaciones de diferente carácter, así como la lucha de las masas contra la política de agresión en los propios países imperialistas, constituyen un poderoso valladar levantado en el camino de la guerra, que puede detener el avance de los agresores.

En vísperas de la segunda guerra mundial, la Unión Soviética estaba sola en su lucha por la paz. Sus llamadas a la unidad y al entendimiento entre las grandes potencias para oponerse al desarrollo del hitlerismo y al rearme alemán, eran consideradas groseramente por los imperialistas y sus lacayos, los dirigentes socialdemócratas reformistas, como una signo de debilidad del gran país soviético.

La experiencia de la guerra contra la Alemania hitleriana mostró que los débiles eran los otros; y que si no hubiera existido la Unión Soviética con toda su potencia y con su heroico Ejército, Hitler hubiera impuesto su ley a Europa y al mundo, sumiendo a los pueblos en una esclavitud medieval.

Hoy la Unión Soviética no está sola. Junto a ella, en hermandad y comunidad de ideas y de aspiraciones en la lucha por la paz y por el socialismo, en la lucha por el derecho de los pueblos a la libertad y a la independencia nacionales, está China, con sus inmensos recursos materiales y con un pueblo que sabe luchar y que sabe vencer. Están Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Rumania, Bulgaria, Albania, la República Democrática alemana. Está Corea del Norte, el Viet Nam, están todos los hombres progresivos de la Tierra.

El gran campo de la democracia y el socialismo es un poderosísimo factor de paz, con suficiente vigor para poner la correspondiente camisa de fuerza a cualquier demente que intentase romper su vida pacífica, conquistada con la sangre y con la vida de sus mejores hijos.

A pesar de la presión imperialista, grandes victorias han sido conseguidas en los últimos tiempos por las fuerzas de la paz, signo precursor de las que aún se pueden obtener.

Estas victorias dicen que los imperialistas no podrán realizar sus planes agresivos, sin chocar violentamente con la voluntad de sus propios pueblos, sin chocar con la infranqueable muralla de la decisión de millones de hombres, de defender la paz.

Las victorias más recientes de la paz, después de Corea y Viet Nam, son el acuerdo entre la Unión Soviética y Austria, y la conferencia de los países de Asia y Africa en Bandung.

Los imperialistas han desarrollado su política colonial en Asia y Africa azuzando las rivalidades entre los diferentes países de esas regiones del mundo, en las que vive más de la mitad de la población del universo.

«Los asiáticos deben luchar contra los asiáticos», hablan dicho y repetido los imperialistas sirviéndose de esta lucha en beneficio de su bestial explotación colonial.

La Conferencia de Bandung ha dado una respuesta contundente a esta política de provocación y de guerra, declarando que los pueblos de Asia y Africa deben gobernarse por sí mismos, y que ningún país tiene derecho a inmiscuirse en los asuntos interiores de otros países.

El rasgo esencial de las decisiones de la Conferencia de Bandung es su contenido anticolonialista. Las decisiones de esta Conferencia, sobre la prohibición de las armas atómicas y sobre el desarme, son un serio golpe a los incendiarios de guerra y una valiosa aportación a la causa de la paz.

ESPAÑA, PEON DE LOS AMERICANOS EN EL TABLERO DE GUERRA IMPERIALISTA

España ha sido marcada con el sello de la muerte por los organizadores de la agresión y de la guerra.

El caudillo del papel sellado y de la oligarquía financiera monopolista; el consocio del «último pirata del Mediterráneo»; el sangriento payaso que tiene la audacia de llamarse elegido de dios, marcando esa temeraria afirmación en la calderilla que lleva su atocmada efígie, residenciado por el odio popular, aislado por el desprecio de sus antiguos aliados, mendiga la ayuda americana para su régimen y entrega a cambio de esta ayuda la independencia y soberanía españolas, la vida de los españoles y el futuro de nuestra patria.

Por un préstamo de unas decenas de millones de dólares, que los españoles deberemos pagar con nuestro sudor, con nuestro esfuerzo, con nuestro dinero ganado en penoso trabajo, la camarilla franquista ha pactado con los imperialistas yanquis el condominio de España.

Desde Almería a La Coruña, desde Huelva hasta Irún, los americanos cruzan la Península como dueños y señores, poniendo mojones y cercas, destruyendo sembrados con el tendido de su oleoducto, expulsando a los campesinos de sus tierras, reservándose los terrenos apropiados para campos de aviación y otras bases militares, apoderándose de las riquezas minerales españolas, de los frutos de nuestros campos, del trabajo de nuestros obreros.

La gran riqueza que para España representaba el mercurio, ha pasado a manos de los monopolistas yanquis. La explotación del cobre en la provincia de Huelva, ya no se hace solamente por los ingleses, ahora participan también los americanos. La extracción de carbón está gravemente amenazada por la importación de grandes cantidades de fuel-oil y de carbón americano.

Mientras a los yanquis se les exige de todo impuesto, de toda contribución, los impuestos directos e indirectos forman una inmensa montaña que gravita sobre el pueblo con efectos desastrosos porque ¡hay que pagar a los americanos! Por cada dólar que recibe el gobierno franquista, debe entregar a los yanquis 40 pesetas.

Y esos miles de millones de pesetas, entregados por unos dólares que ningún beneficio reportan a la economía nacional, deben salir de los bolsillos de los contribuyentes españoles, de los salarios de los obreros, de las ventas de los comerciantes, de los productos agrícolas, deben salir del pueblo.

Todo prueba que existen posibilidades de mantener y de defender la paz. Y como dijo con palabras inolvidables el gran dirigente del pueblo soviético, el camarada Stalin: «Si los pueblos toman en sus manos la causa de la paz y la defienden hasta el fin, la paz puede ser salvada», la guerra puede ser evitada.

Franco quiso apuntalar su régimen con la entrega de España a los yanquis, pero no lo ha conseguido. Y hoy, más decididamente que nunca, la unanimidad de todos los españoles se hace en torno a un grito: «Abajo el franquismo!»

Las consecuencias más visibles del pacto yanquifranquista son la transformación de España en una base estratégica atómica de los americanos, con los terribles riesgos que eso atrae sobre España.

Los franquistas afirmaban que se había terminado el período de las «vacas flacas» y que España, con la ayuda americana, entraba en un período de prosperidad.

Pero los resultados del pacto han sido el encarecimiento general de la vida y el empeoramiento de las condiciones de existencia de los trabajadores.

Los franquistas prometieron que el pacto con los Estados Unidos daría trabajo a los españoles. La realidad demuestra que el paro obrero crece, que muchas fábricas cierran sus puertas azotadas por la crisis, mientras en las restantes se imponen condiciones infernales que los trabajadores, mal alimentados, no pueden soportar aunque se ven obligados a aceptar para no morir de hambre.

Los franquistas dijeron que el pacto permitiría sanear las finanzas. Los hechos muestran que la inflación crece desorbitadamente, desvalorizando la peseta, reduciendo la capacidad adquisitiva de las masas y agudizando la penuria de éstas.

Los franquistas proclamaban que el pacto con los americanos abriría amplios horizontes al comercio; pero la realidad es que el comercio interior disminuye y que el exterior es cada día más desfavorable y restringido. Los sobrantes agrícolas americanos de mala calidad desplazan a los productos españoles del mercado interior, agravando la crisis de la agricultura y arruinando a los campesinos.

Una sola cosa ha tenido de positivo el pacto yanquifranquista: Hacer coincidir a la mayoría de los españoles, tanto de izquierdas como de derechas, en una cuestión fundamental: en la necesidad imperiosa de cambiar el régimen.

Con la excepción de la oligarquía financiera monopolista, todos los españoles están de acuerdo en que así no se puede continuar.

El odio contra el régimen crece y crece sin cesar y los agiotistas del movimiento se ven obligados a estar permanentemente a la defensiva, justificando la existencia del régimen y tratando de salvar lo que no tiene salvación.

Dieciséis años de régimen franquista ofrecen el balance natural de una política que no corresponde ni a los intereses de España ni al desarrollo histórico de nuestro país; con la agravante de que esta política ha sido realizada por gentes incapaces, cuya ética es el desplante chulesco, el matonismo, la corrupción, el latrocinio, el desprecio a la dignidad y a los más elementales derechos humanos, gentes sin sentido nacional, sin honor y sin conciencia, al servicio de los monopolistas ligados al capital extranjero y de las castas más reaccionarias españolas.

El reinado de la camarilla franquista es el desquite del señoritismo parasitario, incapaz, pretencioso, es el reinado de la hez de los bajos fondos más o menos dotados. Ello explica por qué, los jerarcas que en 1936, al comenzar la sublevación franquista, vivían malamente con un sueldo mezquino o con turbias combinaciones lindando con el Código Penal, hoy son millonarios; son los nuevos ricos, son los mayores accionistas de los grandes negocios fraudulentos organizados por el propio Estado.

Juan March, «el último pirata del Mediterráneo» dicta hoy moral en la España franquista. Ha hecho escuela, y en los medios oficiales cuenta con un vivero de retoños que hacen bueno al ladrón del erario público, al contrabandista criminal. Ya no es el último pirata. Es el primer compinche del caudillo y ambos a dos, los jefes de la cuadrilla de bandidos que han esquilado las riquezas nacionales en beneficio propio.

Los que se llaman renovadores de la política, no han renovado nada y lo han podrido todo. Los que se decían nacionalistas han vendido España, haciendo de nuestra patria un país sin independencia, sin soberanía, un país que vive a merced de los caprichos y de las limosnas de dólares de los imperialistas yanquis, tradicionales enemigos de España.

Páginas sangrientas de la Historia patria marcan indeleblemente las repetidas agresiones y despojos realizados por los Estados Unidos contra nuestra Patria.

Y había de ser Franco, había de ser este vil agente del espionaje alemán en Marruecos, traidor a la monarquía, traidor a la República, quien abriese las puertas de España a los yanquis, quien convirtiese a España en un país dependiente después de haberla arruinado y desangrado.

Franco ha luchado contra el pueblo español, y con la ayuda de ejércitos extranjeros ha podido derrotarlo temporalmente. Franco ha asesinado a centenares de miles de españoles y ha sembrado España de cárceles y horcas, imponiendo un régimen de candado y de mordaza. Pero Franco no ha podido impedir la acción de las leyes objetivas del desarrollo de la sociedad. Y esta acción está presente en la España franquista, golpeando y rompiendo todo el tinglado de la armadura económica estatal franquista.

España se asfixia en el estrecho marco del franquismo, y pugna por romper este marco, por romper las ligaduras que la anquilosan, por recobrar la libertad.

El pueblo se pone en pie; y el grito rebelde de Cataluña y Euzkadi, de Navarra y de Madrid, llama permanentemente a todo el país a la resistencia y a la lucha.

Su eco resuena en los ámbitos de la patria y la clase obrera y las masas populares ofrecen creciente resistencia a la política de explotación, de guerra y de traición nacional del franquismo.

Constantemente llegan a los sindicatos verticales protestas y reclamaciones de los obreros de las fábricas y de las minas, de todos los lugares de trabajo. La cuestión del salario mínimo vital, con escala móvil en relación con el aumento del coste de la vida, es planteada de una manera apremiante en todas partes. Y es tan fuerte esta presión, que los jerarcas falangistas no pueden rehuir este problema en los Congresos regionales organizados con fines demagógicos. Esta es la mejor demostración de la fuerza de la clase obrera.

El crecimiento de la resistencia popular agudiza las contradicciones que desgarran el bloque reaccionario.

Los cimientos del franquismo se cuartelean. Los compañeros de camino de Franco abandonan el barco en que juntos navegaron en los tiempos de bonanza, cuando creyeron empresa fácil aplastar para siempre la resistencia popular y el amor del pueblo a la libertad.

El pueblo ha sido y es más fuerte que la camarilla franquista. Y esta camarilla pasará, como han pasado todos los tiranos que en el mundo han sido. Pero el pueblo queda, porque el pueblo es inmortal.

Franco no ha podido aplastar la voluntad combativa de nuestro pueblo, tan orgulloso, tan amante de la libertad, y que ha acumulado una formidable experiencia histórica de lucha.

El pueblo español derribó al dictador Primo de Rivera; barrió la monarquía

borbónica; hizo temblar a la reacción en octubre de 1934; y luchó durante tres años con las armas en la mano, en una tremenda y desigual lucha contra el fascismo indígena y contra las poderosas potencias fascistas coaligadas contra él.

El pueblo español derrocará al franquismo, y aventará como cenizas la dictadura del enano de El Pardo.

El pueblo español volverá a hacer del suelo de la Patria, generosamente regado con la sangre de los combatientes de la libertad, un bastión de la soberanía e independencia nacionales, un bastión de paz y de amistad entre los pueblos, limpiando el solar español de huéspedes indeseables.

Se dice que España vive, con la diferencia del tiempo y de la situación, momentos parecidos a los que precedieron a la caída del dictador Primo de Rivera.

Pero no pueden exagerarse las analogías ni las comparaciones, ni deducir las mismas conclusiones que llevaron al derrocamiento de la monarquía y a la instauración de la República.

La descomposición del régimen se acentúa, el aislamiento de la camarilla franquista es evidente. Pero la subida de Franco al Poder no ha sido igual que la de Primo de Rivera.

Franco tiene tras de sí una montaña de muertos, de crímenes, de venganzas, de detenciones, que no tenía la dictadura de Primo de Rivera.

Y esto que es la gran debilidad del franquismo, es también, en cierta medida, su fuerza especulativa.

Franco agita a su favor, falsa y demagógicamente, el espectro de las masas sedientas de sangre y de venganza por lo pasado, y paraliza con ello la actividad antifranquista de los que, por acción u omisión, facilitaron el acceso al Poder de la camarilla de asesinos franquistas. Esto no puede olvidarse en el análisis de la situación actual, y en la comprensión de los temores y vacilaciones de las fuerzas de oposición de derecha.

PATRIOTISMO DE LA CLASE OBRERA

Frente a las especulaciones de los condenados por la historia, frente a las especulaciones de la camarilla franquista, el Partido Comunista de España, que es la fuerza política que más activamente ha luchado y lucha contra el franquismo, ofrece a todos los españoles como salida a la situación, su programa democrático.

No es el deseo de venganza lo que mueve a las masas que desean terminar con el franquismo. Es el deseo de terminar con esta situación oprobiosa y de devolver la paz y la tranquilidad a los hogares, con la liberación de todos los detenidos y el retorno de todos los exilados. Es el deseo de restablecer las libertades democráticas: el deseo de devolver a España su fisonomía propia, el deseo de restablecer la normalidad en nuestro país y recuperar la

soberanía e independencia nacionales

La posición de la clase obrera expuesta por el Partido Comunista en su V Congreso, y en su programa, es un rotundo mentís a las especulaciones franquistas; es una afirmación de democracia y de sentido de responsabilidad nacional.

La lucha por el restablecimiento de la democracia, por la soberanía e independencia nacionales, está hoy estrechamente ligada a la lucha por la paz y contra los planes agresivos del imperialismo; está, indisolublemente ligada a la lucha del proletariado por sus reivindicaciones de clase.

Porque la lucha por la democracia y por la soberanía nacionales condiciona todo el paso adelante del proletariado en el camino de su emancipación social.

La lucha de la clase obrera contra el franquismo y contra la miseria, contra la política de agresión y de guerra, en la que Franco ha encarrilado a España, tiende de hecho a preservar al pueblo y a la patria de la catástrofe adonde el franquismo empuja inexorablemente al país entero. Esta posición de la clase obrera confirma una vez más las palabras del gran poeta Antonio Machado:

«...En los trances duros, los señoritos invocan la patria y la venden; el pueblo no la nombra siquiera, pero la defiende con su sangre.»

Franco enganchó bajo sus banderas y comprometió a la juventud estudiantil con el espejuelo del «patriotismo».

La verdad del «patriotismo» y del «nacionalismo» de Franco ha podido ser ocultada en tanto que su régimen parecía intangible, mientras la relación de fuerzas estaba a su favor.

Pero los resultados de una política delatada siempre las más profundas intenciones de quienes realizan esta política.

Cuando el régimen franquista se resquebraja y todo anuncia un fin próximo, Franco arroja cínicamente por la borda el patriotismo y el nacionalismo, y aparece en toda su repugnante desnudez, como un vulgar agente de la oligarquía financiera ligada con el capital extranjero, a cuyos intereses ha estado permanentemente subordinado, tanto en lo político como en lo económico y en lo ideológico.

La realización de una política nacional como la expuesta por el Partido Comunista en su programa democrático, supone la realización de un esfuerzo por dar a España las bases de su independencia económica. Para este esfuerzo es imprescindible la actuación conjunta de las propias fuerzas nacionales.

Pero hasta ahora —y dejamos constancia de ello—, todos los grupos y fracciones de grupo de la burguesía no han querido realizar una política apoyados en las masas populares.

Esto retrasa la realización de los cambios políticos que exige la situación de España, y esto explica también el fracaso de los intentos de los grupos de derecha por dar un nuevo giro a la política española, con sus propias fuerzas.

Mas no son solamente las fuerzas de derecha con su reaccionarismo y con su miedo al pueblo las que han impedido la caída del franquismo.

También entre las fuerzas republicanas de oposición hay gentes que temen el desarrollo democrático de España tanto como las fuerzas reaccionarias, haciéndose con ello cómplices de la continuidad del actual régimen.

Hubo un momento, largo y doloroso momento, en el que sólo el Partido Comunista luchaba; en el que sólo el Partido Comunista mantenía en alto la bandera de la República y de la resistencia al franquismo, con la convicción de que el franquismo, como todos los regímenes fascistas, era un régimen terrorista, sangriento, pero precario, temporal.

¡Cuántos sacrificios, cuántas víctimas ha costado y cuesta esta lucha al Partido Comunista!

Hoy, ya no son solamente los comunistas quienes comprenden, quienes están convencidos de la inminencia de la caída del franquismo.

Pero estos que en el campo republicano afirmaban ayer que había franquismo para cincuenta años, y que hoy sostienen lo contrario, no sólo no hacen nada por acelerar esta caída, sino que van a Estoril al encuentro de las fuerzas reaccionarias a ofrecerles sus servicios en la lucha contra los comunistas, a ofrecerles su colaboración en la estructuración de una España reaccionaria y neo-fascista, en donde a ellos se les permita vivir, en gracia de su anticomunismo.

¡No es posible callar! Es preciso que los trabajadores españoles, que los antifranquistas sinceros sepan, conozcan, que si el régimen franquista continúa, no es ni mucho menos por su fuerza, y hoy ya, ni por la ayuda americana.

Es porque muchos dirigentes republicanos se oponen a la unidad de las fuerzas antifranquistas, luchan contra la formación de un Frente Nacional Antifranquista, disputan a Franco la palma del anticomunismo y buscan en turbias uniones con hampones políticos, con provocadores policíacos como los poumistas o los neo-socialistas, un refuerzo y un instrumento que ofrecer a la reacción para la lucha contra los comunistas.

Y sois vosotros, viejos amigos y aliados republicanos del interior de España, que habéis conocido el heroísmo y la lealtad de los comunistas en los días difíciles de la lucha por la República; sois vosotros, obreros socialistas y anarquistas, que con los comunistas habéis compartido el dolor y la gloria en los combates donde se decidía la suerte del pueblo, el destino de nuestra patria; sois vosotros, obreros, campesinos, intelectuales que conocéis la combatividad de los comunistas, el espíritu de sacrificio de los comunistas, la abnegación de los comunistas, quienes debéis decir a los que se llaman representantes de la República que es hora ya de terminar con esa política filisteica de campañario y de clan, que alarga la vida del franquismo, prolongando el hambre y la miseria de las masas y la mediatización de España por una potencia extranjera.

El régimen franquista se desmorona; al franquismo no pueden salvar ni el viático de los dólares americanos, ni el óleo de las libras esterlinas.

El franquismo, repetimos, no se hundirá por sí solo; al franquismo hay que empujarle para que caiga. Y son los trabajadores, es el esfuerzo mancomunado de todos los antifranquistas quienes pueden acortar los plazos de la liberación de España, los plazos del restablecimiento de la democracia en nuestro país.

Pero es necesaria la unidad; es necesaria la unidad de la clase obrera; la unidad de las fuerzas democráticas; la unidad de todas las fuerzas antifranquistas para hacer posible y rápido el derrocamiento

del régimen franquista. Porque de la dispersión y desunión se aprovechan todos los que tienen interés en perpetuar en España una situación fascista o fascizante, todos los que están interesados en servirse de España como un peón en su tablero estratégico, en sus planes de agresión y de guerra.

¡Compañeros socialistas y anarquistas, trabajadores nacionalistas y republicanos! En la clase obrera está la fuerza que puede dar fin a este régimen odioso, que puede barrer de nuestro país la opresión y la tiranía.

Unidos, somos más fuertes que el franquismo. Mas necesitamos terminar con las diferencias y las querellas, con los rencores y los celos. Necesitamos la unidad que multiplique nuestra potencia; necesitamos la coordinación de las acciones de los de dentro y de los de fuera.

La clase obrera, de la que formamos parte nosotros y vosotros, compañeros socialistas y anarquistas, es una fuerza poderosa, indestructible. Somos millones de nombres con voluntad de victoria.

La clase obrera es la vanguardia combativa del pueblo; la clase que representa y defiende los intereses cotidianos y los objetivos finales de la humanidad trabajadora.

Sin los obreros no funcionan las fábricas y talleres; sin los obreros no se extrae el carbón, ni el mineral de las minas y de los veneros; sin los obreros no marchan los trenes, ni se mueven los barcos; sin el trabajo de los empleados los negocios se paralizan, la administración es un caos, la vida económica es imposible; sin el trabajo de los campesinos no hay pan, no hay progreso, no hay vida.

Obreros, campesinos, empleados, intelectuales, unamos nuestras fuerzas para destruir el régimen franquista, que ha arruinado a España, que hace pesar sobre todo el país la amenaza de la guerra y de la muerte.

¡Camaradas y amigos! ¡Republicanos, socialistas, anarquistas, nacionalistas, antifranquistas!

Respondiendo al clamor que surge del fondo de la entraña del pueblo, unamos nuestras fuerzas en el afán sagrado de liberar la patria esclavizada, y de levantar sobre las ruinas de lo viejo, de lo caduco, una España de paz, de alegría, de cultura, de bienestar para todos.

Hagamos del Primero de Mayo una gran jornada de unidad antifranquista. Hagamos del Primero de Mayo el punto de partida en la realización de la unidad de todas las fuerzas antifranquistas para hacer posible una salida democrática a la situación de crisis y de sangrienta interinidad en que vive nuestro país.

¡Viva el Primero de Mayo! ¡Viva el Frente Nacional Antifranquista! ¡Viva la República!

EL COMITE CENTRAL
DEL PARTIDO COMUNISTA DE ESPAÑA